

la conquista de la teoría

Divagación en torno a los nenúfares*

Carmen Martín Gaité

Cuentan que cierta mañana de otoño iba don Miguel de Unamuno paseando con Amado Nervo y acertaron a pasar a orillas de un estanque.

—¡Qué plantas tan bonitas, don Miguel, ésas que flotan sobre el agua! ¿Cómo se llamarán? —preguntó el poeta, deteniéndose a mirarlas, con los ojos asombrados de quien las estuviera viendo por primera vez.

—¡Nenúfares! —le contestó inmediatamente Unamuno—. Eso que saca usted siempre en sus poemas.

Esta anécdota, que bien pudiera ser inventada, se la saqué a relucir una vez a un antiguo amigo mío, al que había dejado de ver durante muchos años y que andaba a la sazón totalmente inmerso en estudios de lingüística generativa. Yo había oído hablar bastante de esta novedosa asignatura, que empezó a introducirse en el mercado editorial español por los años sesenta unida al nombre del sumo pontífice de la misma, un tal Chomsky, pero su contenido era un enigma para mí, y también me intrigaba —como me ocurre ante cualquier fenómeno de los que toman entre nosotros un auge fulminante— desvelar los motivos que hubieran podido contribuir a ponerla tan de moda de la noche a la mañana.

Así que la visita de mi amigo, asiduo contertulio de mi casa años atrás, cuando se dedicaba a estudios muy diferentes, aparte del gozo del reencuentro, me brindaba la ocasión pintiparada para recabar de su entusiasmo algún cuento coloreado y sustancioso sobre aquel tema, que de momento no pasaba de ser para mí una de esas nociones emborronadas y carentes de narración que vamos almacenando como trastos inservibles en el desván cada día más atiborrado de nuestra presunta cultura general.

* Publicado en el libro *El cuento de nunca acabar*, Anagrama, Barcelona, 19. Agradecemos a la autora el permiso para su reproducción.

A instancias mías, fuimos a dar un paseo por la Casa de Campo, porque hacía una tarde muy hermosa y mi amigo se había estado quejando de su encerramiento y de su esclavitud a la agenda y al reloj. Era tan copiosa la bibliografía que le quedaba por consultar para llegar a convertirse en un lingüista generativo digno de ser tenido en consideración que ni tenía tiempo de charlar con los amigos ni disfrutaba de la naturaleza, dos de sus antiguas aficiones más arraigadas.

—Pues, mira, esta tarde —le dije yo— no mires el reloj. Quien dice “el tiempo es oro” lo convierte en calderilla.

Durante bastante rato, su actitud siguió poniendo barreras para que se desarrollara una tertulia fluida y me pareció adivinar que su tensión, a pesar de todo, se derivaba de la incapacidad para habitar sin reservas el tiempo de aquella tarde y de su falta de fe en que pudiera darle algún fruto provechoso para enriquecer su acervo de lingüista. Me dijo que la lluvia de conferencias y de trabajos aparecidos en revistas especializadas sobre aquella disciplina nueva era tan agobiante que para ponerse al tanto de todos ellos no bastaba con toda una vida. Yo, a pesar de lo abrumador del panorama, no cejaba en mi empeño de convencerle de que no estaba perdiendo el tiempo conmigo y, sin dejar de escucharle ni mucho menos haber decidido cambiar de tema, intentaba alguna maniobra ingeniosa para hacer desaguar hacia el cauce narrativo aquella abundancia de datos y de nombres.

—Pero, bueno, ¿y cómo te dio por meterte en eso?

No se acordaba bien, ni consideraba que eso tuviera gran importancia. El caso es que ahora le interesaba muchísimo. Yo me impacienté un poco. Estaba en la mejor disposición del mundo para tratar de entender y compartir su interés, pues que no me lo pusiera tan difícil, o nos volvíamos cada cual a nuestra casa a consolarnos con el sucedáneo de los libros respectivos. Ya que era incapaz de contarme cómo y en qué circunstancias se había producido el flechazo con aquella nueva amada, que es uno de los más tradicionales procedimientos para encender el deseo de participación en la historia de amores que se va a contar, por lo menos que no se limitara a decirme que era maravillosa, que se las arreglara como fuera para hacerme ver su rostro; yo quería saber de qué color tenía los ojos, cómo se movía, la clase de gestos y de ardidés que usaba para haber logrado encandilarlo y apresararlo en sus redes de forma tan exclusiva. No podía fiarme sólo de su palabra, porque siempre había sido muy enamorado. Y aquí le recordé la cantidad de novias que en

diferentes ocasiones había traído a la cocina de casa para que yo les diera el visto bueno.

Esa mención al pasado, unida a la metáfora mediante la cual yo había convertido a la lingüística generativa en una novia de carne y hueso, le hizo sonreír y encontrarse a gusto, recordar que no estaba hablando con un interlocutor impersonal recién conocido en un congreso y ansioso de coleccionar datos nuevos que lo mismo podía aportarle él que otra persona cualquiera. Comprendió que yo me interesaba realmente por su pasión. Y a partir de entonces, nuestra conversación empezó a hacerse más distendida.

Cuando ya estaba cayendo la tarde, logré enterarme, por fin, de que la lingüística generativa no tiene por objeto estudiar el lenguaje ya construido y elaborado, sino investigar de qué manera surge en el hablante, los mecanismos mediante los cuales éste lo elabora espontáneamente, se llama generativa por eso, porque trata de beber en las fuentes mismas donde el lenguaje se engendra, o sea, en la boca y las circunstancias vivas de cada hablante.

—¡Anda, pues, para ese viaje no había menester alforjas! —le dije yo—. Eso es lo mismo a lo que yo me dedico sin tantos títulos ni especializaciones. Eso es el cuento de nunca acabar.

Me puse a hablarle de este libro, al que ya le andaba dando vueltas por entonces, entusiasmada de haber descubierto que estábamos enamorados de lo mismo y encima con la ventaja de no poder llegar a ser nunca rivales, porque yo sombra poca le iba a hacer. Al comenzar la tarde, me había preguntado también él por mis proyectos y dedicación actual, pero a causa de mi rechazo a los letreros, ninguno de los dos habíamos caído en la cuenta de andar detrás de lo mismo. Traté de hacerle ver la contradicción que existía entre el afán por entender cómo surge la palabra humana y el hecho de ir a buscar ese nacimiento no a su cuna verdadera, que es el gesto, el titubeo y la expresión de un rostro humano, sino a los libros y a los papeles. Le conté también otras muchas cosas que iban viniendo a cuento, al calor del afectuoso interés que por primera vez veía pintado en su rostro y que me devolvía al amigo perdido cuya conversación había echado de menos muchas veces.

Había dejado de tener prisa y de preocuparse por la hora y, mientras me escuchaba o me interrumpía, miraba con evidente relajo las luces del ocaso que por entre los árboles nimbaban de color malva los lejanos edificios de Madrid. El asunto de la lingüística generativa había dado

pie para engendrar, como está mandado, otros relatos orales que, acudiendo a su convocatoria, nacían en aquella circunstancia irrepetible y se enganchaban en mi boca como cerezas que tiran unas de otras aun cuando sólo se haya querido sacar una.

—¡Pero tú hablas muy bien! —exclamó él en un determinado momento, con una expresión de sorpresa que me hizo recordar al Amado Nervo de la anécdota.

Yo me eché a reír a carcajadas. No tanto halagada por el piropo “generativo” que saltaba de labios del lingüista a los oídos de la impertinente charlatana que se dispara en cuanto tiene ocasión, como por lo absurdo que me resultaba su descubrimiento repentino. Nos conocemos desde el año cuarenta y nueve, y yo siempre he hablado de la misma manera, no sé si mal o bien, pero desde luego sin atenerme a ninguna falsilla, ni saber nada de Chomsky.

—¡Nenúfares! —le dije—. Eso que saca usted siempre en sus poemas.

La mayor parte de los “intelectuales” —palabreja a la que, dicho sea de paso, tengo una gran antipatía— plagan sus discursos de nenúfares. En nenúfares se convierten, pongo por ejemplo, la libertad, la condición de la mujer o la justicia social para quien al mismo tiempo que elabora peroratas más o menos brillantes sobre dichos asuntos, no se entera de que está tiranizando a los demás, es incapaz de hacer un esfuerzo para hacerle la vida agradable a la mujer concreta que tiene a su lado o no ve en la miseria y necesidad de los seres con cara y ojos de su más próximo entorno sino una inoportuna interrupción que obstaculiza su carrera magistral de redentor del género humano. Nenúfares son todas las abstracciones en letra mayúscula que tanto impresionan lanzadas desde el Parlamento, la cátedra, la televisión o la letra impresa, pero que a nadie le cuentan nada que pueda traer al recuerdo para sentirse confortado en el callejón sin salida de sus noches de insomnio, nenúfares los pretextos en nombre de los cuales se emprende una guerra para redimir a una humanidad cuyos miembros no se vacila en dejar sangrientamente diezmados; nenúfares la paz, la dignidad, la comunicación y el amor; nenúfares muertos, sapos disecados sobre el manto de tan solemnes predicadores.